

Nuria Calduch-Benages

LA PALABRA CELEBRADA

Explicación bíblica de las lecturas
de todos los domingos y fiestas

**Del domingo 27 hasta el domingo 34
del tiempo ordinario, ciclo A**

*Con la solemnidad de Todos los Santos y
la conmemoración de los fieles difuntos*

Del 8 de octubre al 22 de noviembre de 2023

TIEMPO ORDINARIO

Domingo 27 del Tiempo Ordinario

Primera lectura: Isaías 5,1-7

La viña del Señor de los Ejércitos es la casa de Israel.

Is 5,1-7 es un poema compuesto por Isaías antes de la guerra siro-efraimita (734-732 aC), o sea uno de los textos más antiguos del libro. Inspirándose en algún canto de vendimia, el profeta concibió la relación entre el amo y su viña como una imagen de la relación entre Dios/esposo e Israel/esposa infiel.

En el poema se entrelazan dos contrastes: por un lado, el contraste entre lo que el amo ya ha hecho por su viña y lo que piensa hacer contra ella dentro de poco, y por otro, el contraste entre lo que el amo esperaba recibir de su viña y lo que la viña en realidad ha producido. Este último contraste alcanza su clímax en el v. 7, donde «derecho» se opone a «asesinatos» (literalmente, «derramamiento de sangre») y «justicia» se opone a «lamentos» (literalmente, «gritos de oprimidos»). Es precisamente en este versículo donde se descodifica la metáfora y el lector descubre lo que, en realidad, preocupa al profeta.

Así pues, la finalidad de Is 5,1-7 no es ofrecer una hermosa descripción de Israel como viña sino comunicar un duro mensaje teológico de crítica social: en su afán de poder y riquezas, la clase dirigente del país oprime a los pobres y desamparados de forma despiadada. El poema está en línea con 3,14, donde el profeta, también en un contexto de crítica social, ofrece una visión negativa de la viña: «El Señor demanda en juicio a los ancianos de su pueblo y a sus jefes: ‘Vosotros habéis incendiado la viña, el despojo del mísero tenéis en vuestras casas’».

Segunda lectura: Filipenses 4,6-9

El Dios de la paz estará con vosotros.

Este fragmento de la carta a los Filipenses forma parte de una serie de consejos con los que Pablo concluye su escrito (4,2-9). Siguen los agradecimientos (4,10-20) y el saludo final (4,21-23).

La oración genera serenidad y alegría incluso en medio de las angustias («Nada os preocupe», v. 6), porque es portadora de la paz divina, aquella paz que supera todas las expectativas humanas (v. 7). Para muchos, los vv. 8-9 constituyen el manifiesto del humanismo cristiano, pues revelan la mentalidad abierta de Pablo que recomienda un ideal de conducta expresado en términos que eran frecuentes entre los moralistas griegos de su

época: lo verdadero, lo noble, lo justo, lo puro, lo amable... Es además la primera vez que utiliza la palabra «virtud». Concluye proponiendo su testimonio irreprochable y los contenidos de su catequesis (v. 9).

Evangelio: Mateo 21,33-43

Arrendará la viña a otros labradores.

Leemos este domingo la última de las tres «parábolas de la viña» del evangelio de Mateo conocida como la parábola de los labradores homicidas (21,33-43). La primera fue la de los jornaleros o del siervo sin entrañas (20,1-16) y la segunda la de los dos hijos enviados a trabajar en la viña (21,28-32).

Nuestra parábola, apenas verosímil en su aspecto humano, tiene un profundo significado simbólico que no pasaba inadvertido a los contemporáneos de Jesús, pues reflejaba la dramática situación que vivió Jesús y la Iglesia apostólica. Es más, descubrían en ella una magnífica síntesis de la historia de Israel, el pueblo elegido y amado por Dios que desde sus orígenes se debate entre fidelidad e infidelidad, aceptación y rechazo, predilección e ingratitud, pecado y conversión.

Al componer esta parábola, Jesús ciertamente se inspiró en el cántico de la viña de Isaías (cf. la primera lectura), aunque lo modificó radicalmente. Dios no destruye la viña (cf. Is 5,5-6), pues es plantación suya. Son los viñadores quienes frustran la cosecha. Por eso, el dueño de la viña acaba con ellos y confía su heredad a otros. Se la confía a «un pueblo que produzca sus frutos» (v. 43). Al escribir esto, Mateo piensa en la Iglesia, un pueblo abierto a todo el mundo.

Los labradores encarnan a los jefes del pueblo, los criados que el dueño envía a los labradores son los profetas, la figura del dueño representa a Dios y su hijo es Jesucristo. Después de narrar la historia del Antiguo Testamento (vv. 33-36), Jesús narra la suya propia y la del reino (vv. 37-39.42). Se trata de una historia tejida de rechazos, negaciones y delitos. Jesús siente la cercanía de la muerte, la respira en las maniobras y en los complots de sus adversarios que lo acechan sin tregua. La salvación que Israel ha rechazado es la aceptación del Hijo, que de «piedra desechada» se ha convertido en «piedra angular» (v. 42) sobre la que se apoya y sostiene la iglesia.

La parábola no acusa al pueblo sencillo de Israel sino a los malos labradores, aquellos dirigentes que, haciendo uso del poder y la autoridad, no dudan en traicionar el destino de su pueblo con tal de defender sus propios intereses.

Domingo 28 del Tiempo Ordinario

Primera lectura: Isaías 25,6-10a

El Señor preparará un festín y enjugará las lágrimas de todos los rostros.

Nuestro fragmento pertenece a Is 24–27, una unidad independiente en el libro conocida como «el gran apocalipsis de Isaías». Este título, sin embargo, es inexacto ya que las características literarias del género «apocalipsis» no se encuentran en estos capítulos de datación post-exílica. Es más correcto hablar de una «liturgia» compuesta por diversas predicciones escatológicas relativas al fin del mundo, al castigo de los enemigos y al reinado universal de Dios sobre el monte Sión.

En Is 25,6-10a, el profeta anuncia un banquete en el monte Sión («en este monte», vv. 6, 7 y 10a). El banquete, una imagen frecuente en la Biblia, es signo de vida, comunión, diálogo, alegría e intimidad. Esta vez es el Señor quien lo prepara. Suculentos manjares y vinos selectos para celebrar la inauguración de su reino universal, el triunfo definitivo de la vida, la salvación que pasa por encima del llanto y del duelo. Los invitados son todos los pueblos, ninguno está excluido. Los manjares representan la vida en plenitud. Muchos son los dones que reciben los invitados: el conocimiento de Dios expresado en la desaparición del velo que cubría el rostro de todos los pueblos y el paño que tapaba a todas las naciones (v. 7), la victoria definitiva sobre la muerte («para siempre», v. 8a), la consolación («enjugará las lágrimas de todos los rostros y el oprobio de su pueblo lo alejará de todo el país», v. 8b), la comunión con Dios y la alegría eterna a su lado (vv. 9 y 10a).

Segunda lectura: Filipenses 4,12-14.19-20

Todo lo puedo en aquel que me conforta.

Terminamos la lectura de la carta a los Filipenses con dos fragmentos tomados de los agradecimientos finales (4,10-20). Estos versículos, sorprendentemente situados al final del escrito, podrían muy bien constituir la primera carta que Pablo envió a la comunidad de Filipos poco después de haber sido encarcelado en Éfeso para agradecerles encarecidamente una generosa ayuda económica, un auténtico gesto de solidaridad.

El apóstol aprovecha la ocasión para catequizarles por medio de su testimonio personal. Reconoce con gran sinceridad que no le cuesta vivir en

las más diversas circunstancias: pobreza y abundancia, hartura y hambre. Su libertad de espíritu le hace estar por encima de posesiones y privaciones. Consciente de que esta virtud no es mérito propio sino don recibido del Señor, afirma: «Todo lo puedo en aquel que me conforta (es decir, que pone su fuerza en mí)» (v. 13).

Evangelio: Mateo 22,1-14

A todos los que encontréis, convidadles a la boda.

Esta lectura pertenece a los capítulos 21–25 del evangelio, donde Mateo nos presenta a Jesús desarrollando su ministerio en Jerusalén. La tensión entre Jesús y sus adversarios se acentúa notablemente hasta hacerse insostenible. Falta poco para que se cumpla su destino. Estamos a las puertas de la pasión. En este contexto se sitúa la compleja parábola de las bodas o del banquete nupcial (22,1-14). Es la última de las tres parábolas que acusan a los dirigentes de los judíos por haber rechazado a Jesús. Cada una de ellas corresponde a una determinada fase de su actitud: primero, no escucharon a Juan el Bautista (parábola de los dos hijos, 21,28-32); luego, se pusieron en contra del Hijo de Dios hasta causar su muerte (parábola de los labradores homicidas, 21,33-44); y, por último, despreciaron y persiguieron a sus enviados o apóstoles (la parábola del banquete, 22,1-14, la que leemos en este domingo).

Según algunos, el evangelista ha unido en estos versículos dos parábolas afines, la de las bodas (narrada también por Lucas) y la del comensal sin vestido apropiado, característica de Mateo (22,11-14). Otros, en cambio, consideran estos versículos como una reflexión final sobre el juicio a partir de la parábola de las bodas. Nótese que, según el leccionario, su lectura se puede omitir.

El rey representa a Dios. El banquete es imagen de la alianza entre Dios y su pueblo. Los enviados son los profetas (Antiguo Testamento) y los apóstoles (Nuevo Testamento). Los primeros destinatarios son los judíos, pues Israel fue el primero en ser llamado a ser fiel a la alianza. Aquellos que los criados encuentran por los caminos (buenos y malos) representan a los paganos, los de fuera. El hecho de que Israel haya rechazado su misión no impide que todos los pueblos puedan participar en el banquete.

Una última observación para los nuevos invitados: para sentarse a la mesa no basta con haber sido llamado, hay que llevar puesto el vestido de bodas. Es decir, hay que cumplir con las condiciones establecidas y presentarse con la dignidad que merece la ocasión. Y para ello se requiere una actitud de conversión.

Domingo 29 del Tiempo Ordinario

Primera lectura: Isaías 45,1.4-6

Llevó de la mano a Ciro para doblegar ante él las naciones.

Después de la conquista de Babilonia en el 539 aC, Ciro II de Persia hizo emanar un decreto (el célebre «Edicto de Ciro»), en el que promovía la libertad y la tolerancia religiosa para todos sus súbditos. Ordenó incluso la reconstrucción del templo de Jerusalén. Gracias a esta nueva política, los exiliados en Babilonia que quisieron obtuvieron permiso para regresar a la patria.

El Deutero-Isaías, profeta anónimo autor de Is 40–55, animaba al pueblo a aceptar la propuesta de Ciro y, por consiguiente, a volver a Palestina. Este retorno él lo contemplaba como un nuevo éxodo de la esclavitud a la libertad y así lo expresó en su obra. Así como los antiguos israelitas salieron de Egipto hacia la tierra prometida bajo la guía de Moisés, los exiliados en Babilonia abandonan este país para regresar a Palestina gracias a la iniciativa de un rey pagano y extranjero. Se entiende, entonces, el protagonismo de Ciro en esta sección del libro de Isaías: es citado explícitamente en 44,28 y en 45,1, además de numerosas alusiones a su figura esparcidas a lo largo de la obra.

Nuestro breve fragmento, tomado del capítulo 45, podría ser considerado como un canto de entronización real en honor de Ciro de Persia, «siervo y ungido» del Señor, es decir, consagrado como el rey y el Mesías. En él se manifiestan la potencia y superioridad de Dios que utiliza a Ciro como un instrumento para liberar a su pueblo que ha vivido la experiencia del exilio.

Segunda lectura: 1 Tesalonicenses 1,1-5b

Recordamos vuestra fe, esperanza y caridad.

Iniciamos la lectura de la primera carta a los Tesalonicenses, el escrito más antiguo del Nuevo Testamento. Pablo la escribió en el año 50-51 dC después de su visita a Tesalónica, capital de la provincia romana de Macedonia, durante su segundo viaje misional. En su breve visita el apóstol se dirigió en primer lugar a la colonia judía, pero la oposición fue tan grande que se vio obligado a cambiar de auditorio. Pasó, pues, a hablar a los paganos que se mostraron mucho más abiertos a su mensaje. La carta supone una comunidad cristiana bastante numerosa y organizada que vive con empeño la vida cristiana y resiste unida ante la persecución.

Con nuestro fragmento (1,1-5b) inicia la introducción de la carta, en la que podemos encontrar una radiografía sintética de la comunidad bajo

su perfil humano y también teológico. Se caracteriza por la fe actuante («la actividad de vuestra fe»), la caridad madura («el esfuerzo de vuestro amor») y la esperanza constante («el aguante de vuestra esperanza»), tres virtudes que describen las características fundamentales de la vida cristiana y que la tradición de la Iglesia ha definido como las tres virtudes teologales, don que el creyente recibe del Espíritu Santo.

Evangelio: Mateo 22,15-21

Pagadle al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.

Nos encontramos en el preludio de la pasión. Después de las tres parábolas que hemos escuchado en los tres últimos domingos (la de los dos hijos, la de los labradores homicidas y la del banquete de bodas), siguen tres cuestiones planteadas a Jesús por sus adversarios. La primera cuestión (tratada precisamente en nuestro texto, Mt 22,15-21) es relativa al tributo que los habitantes de Judea tenían que pagar al imperio romano.

Los fariseos querían «comprometer» a Jesús (en griego, «cazar con trampa») y por ello mandan a sus discípulos al encuentro de Jesús con una misión traicionera. Con aparente sinceridad e interés, le piden que se defina en público sobre un problema delicado que afecta a la conciencia religiosa, a la conciencia nacional y a la política. Y lo hacen presentándole un caso de conciencia, no sin antes haber elogiado a su interlocutor («Sabemos que eres sincero y que enseñas el camino de Dios conforme a la verdad... y no te fijas en las apariencias», v. 16). Entre los adversarios de Jesús no solamente había discípulos de los fariseos, mandados por sus maestros, sino también algunos herodianos (una pequeña facción fiel al tetrarca Herodes Antipas).

«¿Es lícito pagar impuesto al César o no?». Aceptar la contribución por cabeza (*tributum capitis*) al imperio romano, signo de sumisión a un poder extranjero y pagano, significaba perder el favor del pueblo. Proclamarla ilícita equivalía a un acto de rebelión que, por descontado, se pagaba con la muerte. Antes de responder esta maliciosa pregunta, Jesús pone en evidencia a sus adversarios con una moneda romana, con un denario. Y de todos era sabida la afición al dinero que tenían los fariseos. Ellos, los máximos defensores del heroísmo nacional, eran los que más provecho sacaban de la economía romana.

La respuesta del maestro («Pagadle al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios») pone el acento en la segunda parte. Le han preguntado sobre el César, pero Jesús ha venido a hablar de Dios. Cada uno en su sitio y Dios por encima de todo.

Domingo 30 del Tiempo Ordinario

Primera lectura: Éxodo 22,20-26

Si explotáis a viudas y huérfanos se encenderá mi ira contra vosotros.

Este fragmento del libro del Éxodo pertenece al así llamado «Código de la alianza» (Ex 20,22–23,33), que Moisés leyó públicamente durante el rito de alianza (cf. Ex 24,3–8). Compuesto de dos partes (21,1–22,19 y 22,20–23,33), dicho código consiste en un conjunto de normas que presenta muchos puntos en común con la tradición legislativa de gran parte del antiguo Oriente próximo. Sus normas revelan una sociedad organizada y sedentaria que vive en el campo y participa en la producción de los bienes de primera necesidad. La vinculación de estas normas con la revelación del Decálogo en el Sinaí les confiere un carácter sagrado. No hay diferencia entre leyes civiles y religiosas, porque Dios es la única autoridad que está a la base del derecho.

Ex 22,20-26, sección con la que inicia la segunda parte del código, recoge una serie de preceptos ético-sociales relativos a las tres categorías más débiles de la sociedad: el forastero, el huérfano-la viuda y el pobre. Ninguna de estas personas tiene un «defensor» (entiéndase un clan, un padre o marido, un abogado) que las proteja. El mismo Dios ha decidido acogerlas bajo su tutela y por este motivo la comunidad tiene que hacerse cargo de ellas dedicándoles la máxima atención. Dios, su único liberador, se convertirá en un juez implacable contra cualquiera que atente contra sus protegidos mediante opresión, explotación o usura. Dios escucha siempre la oración del pobre, porque es un Dios compasivo (v. 26).

Segunda lectura: 1 Tesalonicenses 1,5c-10

Abandonasteis los ídolos para servir a Dios y esperar la vuelta de su Hijo.

Sigue la lectura de la primera carta a los Tesalonicenses iniciada el domingo pasado. Hoy leemos el segundo párrafo de la introducción a la carta. Pablo continúa la descripción de la comunidad cristiana de Tesalónica «modelo para todos los creyentes de Macedonia y de Acaya» (v. 7). En todo se parece al apóstol que la evangelizó durante su segundo viaje misional: la comunidad acoge la Palabra con alegría incluso en medio de las pruebas y tribulaciones (v. 6), cumple con pasión la misión de difundir la buena nueva por toda la Grecia (v. 8) y se muestra entusiasta de la fe que profesa (v. 9), mientras espera la venida de Jesucristo al final de los tiempos (v. 10). «El castigo futuro» se refiere a la justicia punitiva de Dios con los malvados.

Evangelio: Mateo 22,34-40

Amarás al Señor tu Dios y a tu prójimo como a ti mismo.

De las tres cuestiones que los fariseos propusieron a Jesús mientras enseñaba en los atrios del templo de Jerusalén poco antes de la pasión, hoy abordamos la tercera, expuesta en Mt 22,34-40. La primera, de carácter político, la tratamos el domingo pasado (Mt 22,15-21) y la segunda, sobre la resurrección de los muertos (Mt 22,22-33) se lee en otro ciclo de lecturas litúrgicas.

Una vez más, un representante de los fariseos (los cuales eran contrarios a los saduceos), hace a Jesús una pregunta capciosa para «ponerlo a prueba» (v. 22). En esta ocasión la pregunta versa sobre el valor máximo para los judíos, y especialmente para los fariseos. Se trata de la Ley o Torá, considerada expresión del pensamiento de Dios y única norma de la perfección humana. En su afán por el detalle y la minucia, los rabinos habían llegado a catalogar y clasificar 613 preceptos de la Ley sin contar los relativos a las costumbres o tradición, sobre los que discutían acaloradamente los doctores y sabios en las escuelas rabínicas.

«Maestro, ¿cuál es el mandamiento principal de la Ley?» (v. 36), es decir, ¿No se podría recapitular toda la Ley bajo un único y supremo mandamiento? Ofrecer una respuesta desenfocada o ambigua resultaba muy peligroso, habida cuenta de las circunstancias. Así pues, Jesús recorre a Dt 6,5 y Lv 19,18 no tanto para poner en orden el catálogo de preceptos contemplado en la Ley cuanto para indicar la actitud con que se deben observar los preceptos.

El primer mandamiento («Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu ser», v. 37) lo saborea el israelita dos veces al día, además de llevarlo escrito en el corazón y en el dintel de su casa. Sin duda alguna la ley principal es amar a Dios (v. 38). Ahora bien, teniendo en cuenta que la pregunta había sido, además de malintencionada incompleta, Jesús se encarga de completarla. El primer mandamiento no puede ir solo porque es indisoluble del segundo. Nadie puede amar a Dios sino a través de su prójimo. Por eso, el maestro añade el segundo mandamiento que es semejante al primero: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (v. 39).

Jesús remata su enseñanza afirmando: «Estos dos mandamientos sostienen la Ley entera y los profetas» (v. 40). O sea, el amor cristiano es principio y fundamento de toda ley y toda profecía.

Domingo 31 del Tiempo Ordinario

Primera lectura: Malaquías 1,4b–2,8-10

Os apartasteis del camino y habéis hecho tropezar a muchos en la ley.

Malaquías («mi mensajero») es el último de los doce profetas menores de quien sólo sabemos que ha ejercido su ministerio en la época del post-exilio (en torno a los años 480-460 aC). Algunos grupos de exiliados ya han regresado a la patria, el templo ya ha sido reconstruido y se ha reanudado el culto. Con todo, son momentos difíciles en los que reina un gran escepticismo entre el pueblo, pues la restauración nacional había resultado más modesta de lo que se esperaba. Decepción y desánimo favorecen el retorno a los antiguos pecados e infidelidades. Inspirándose sobre todo en el Deuteronomio y los antiguos profetas, Malaquías establece una especie de diálogo con sus interlocutores, para recordarles el amor de Dios por Israel y reconducirles a él por medio de indicaciones sobre la vida cultural y moral.

Nuestro fragmento contiene un duro ataque contra los sacerdotes que estaban al servicio del templo en Jerusalén. Con su conducta indigna (aceptan un culto irreverente, descuidan sus funciones reduciendo el culto a un mero ritualismo exterior y tienen un trato interesado con las personas) no sólo dan mal ejemplo al pueblo («habéis hecho tropezar a muchos en la ley») sino que además ponen en peligro la alianza que Dios hizo con Leví, es decir, con la casta sacerdotal (cf. Dt 18,1-8). Dicha alianza exige el respeto, la sumisión y la adoración, valores que se han perdido por la corrupción de su ministerio.

Segunda lectura: 1 Tesalonicenses 2,7b-9.13

Deseábamos no solo entregaros el Evangelio de Dios, sino hasta nuestras propias personas.

Este fragmento de la primera carta a los Tesalonicenses forma parte de 2,1-12, donde Pablo recuerda en forma autobiográfica su misión en dicha comunidad. En estos versículos, describe de manera entrañable cómo concibe la misión cristiana. Por ejemplo, en los vv. 7-8 recurre a la imagen materna para ilustrar la actitud del apóstol: éste tiene que ser como una madre que no solamente comunica el don más precioso a su criatura (en este caso el evangelio) sino también su misma vida.

El trabajo mencionado en el v. 9 podía referirse al mismo que Pablo realizará más tarde en Corinto, en casa de Aquila y Priscila, o sea, confeccionar tiendas de campaña (Hch 18,3), un trabajo que seguramente aprendió de niño.

Lo que Pablo anuncia, ya sea en sus discursos o por escrito, no se reduce a conceptos, ideas o teorías. La carta que escribe a la comunidad de Tesalónica no es una carta cualquiera, sino un mensaje inspirado por el Espíritu, transmisor de vida y capaz de transformar los corazones y conducirlos hacia Dios: «... como Palabra de Dios que permanece operante en vosotros los creyentes» (v. 13).

Evangelio: Mateo 23,1-12

No hacen lo que dicen.

La controversia con los jefes religiosos del pueblo iniciada en Mt 23,28-32 (la parábola de los dos hijos), que leímos el domingo 26 del tiempo ordinario, alcanza hoy su conclusión en Mt 23,1-12 (denuncia de la hipocresía de los escribas y fariseos). A su vez este fragmento evangélico es la introducción a un largo capítulo (el cap. 23), donde Jesús formula siete vehementes acusaciones a los escribas y fariseos (23,13-36) y termina anunciando la próxima ruina de Jerusalén (23,37-39).

Se respira mucha tensión en el ambiente. Sabiendo Jesús que sus adversarios ya han decidido sobre su vida, lanza un fuerte ataque contra los guías espirituales de Israel desenmascarando su hipocresía y vacuidad. Podemos dividirlo en dos partes.

En la primera parte (vv. 1-7), Jesús describe a los escribas (doctores de la ley o rabinos) y fariseos, entiéndase a algunos de ellos. Por un lado, afirma su responsabilidad religiosa sobre el pueblo y reconoce su función magisterial (ocupan la «cátedra de Moisés»). Por otro, sin embargo, critica su incoherencia («dicen y no hacen»), su doble medida (intransigentes para los demás y condescendientes con ellos mismos) y su vanagloria (aman los primeros puestos, los honores, las reverencias y los títulos). Las «filacterias» son unos estuches de cuero que durante la oración se atan en el brazo izquierdo y sobre la frente. Contienen la reproducción de algunos textos bíblicos (Ex 13,1; Dt 6,4-9; 11,18-21).

En la segunda parte (vv. 8-12), Jesús se dirige directamente a sus discípulos («vosotros») y les advierte contra el afán de títulos, tan difundido en las escuelas rabínicas de la época. Los cristianos somos todos hermanos en la iglesia, hijos e hijas de un mismo Padre, guiados por un único pastor y maestro, Cristo, que siendo el «primero» se humilló hasta tomar la condición de esclavo.

Sin querer denigrar a los judíos, como hacían algunos escritores contemporáneos, Mateo refleja el conflicto que existía entre las primeras comunidades cristianas y la judía. En esta óptica hay que entender su presentación de los escribas y fariseos y la denuncia de Jesús.

Domingo 32 del Tiempo Ordinario

Primera lectura: Sabiduría 6,12-16

Encuentran tu sabiduría los que te buscan.

El libro de la Sabiduría es obra de un judío profundamente religioso que vive en la comunidad judía de Alejandría de Egipto en el siglo I aC. Concedor de la cultura griega y hombre abierto al diálogo, se dirige a sus correligionarios judíos, especialmente a los jóvenes, para que no se dejen deslumbrar por el helenismo pujante y se mantengan fieles a su fe y tradiciones religiosas.

Nos encontramos en la parte central del libro (Sb 6–9), donde el autor pone en boca del rey Salomón un elogio de la Sabiduría destinado a los reyes y gobernantes de la tierra, según indican el inicio y el final del capítulo 6 (cf. 6,1-2.9 y 21). Nuestro fragmento forma parte de la unidad 6,12-21, que muy bien podría llevar por título «Encuentro con la Sabiduría».

Se trata de un encuentro entre la Sabiduría personificada y la persona que la ama, la desea y la busca. En este caso es la Sabiduría quien toma la iniciativa: se deja ver, se deja encontrar, se da a conocer (literalmente, «se adelanta»), busca, aborda, sale al paso. Son movimientos progresivos, casi todos físicos, que acortan la distancia entre la Sabiduría y el supuesto discípulo.

El autor la califica de «radiante» e «inmarcesible», dos adjetivos que esconden sendas metáforas: la luz y la planta. La Sabiduría es una luz que a todos ilumina, una planta muy especial que goza de vida eterna.

Segunda lectura: 1 Tesalonicenses 4,13-17

A los que han muerto en Jesús, Dios los llevará con él.

En este fragmento de la primera carta a los Tesalonicenses Pablo aborda el delicado tema de la suerte de los difuntos en la «parusía», es decir, en la segunda venida del Señor. A los cristianos de Tesalónica, siendo de cultura griega, les costaba aceptar la resurrección universal y Pablo intenta explicarles dicho evento. Les asegura que no habrá diferencia entre los cristianos vivos y los muertos, porque estos últimos resucitarán como Cristo resucitó. En el v. 16 esboza una descripción imaginativa del encuentro definitivo de los fieles con Cristo, sirviéndose de imágenes propias del género apocalíptico de la época («la voz del arcángel», «el son de la trompeta», «seremos arrebatados en la nube»...).

Este texto de Pablo puede considerarse como un pequeño «apocalipsis» que requiere sabiduría y prudencia (cf. la primera lectura y el evangelio respectivamente).

Evangelio: Mateo 25,1-13

Que llega el esposo, salid a recibirlo.

Pocas veces son las mujeres protagonistas de las parábolas de Jesús. La parábola de las diez vírgenes (Mt 25,1-13) es una de ellas. Las otras tres son la parábola de la levadura que fermenta la masa (Mt 13,33; Lc 13,20-21), la de la dracma perdida (Lc 15,8-10) y la del juez y la viuda (Lc 18,1-8). Estamos en el quinto y último discurso del evangelio de Mateo, conocido como el «discurso escatológico» (cap. 24-25). Es un texto largo y complicado con el que Mateo quiere responder a la situación de incertidumbre, rutina y abandono que vive su comunidad. Para ello les recuerda las palabras de Jesús que aseguran su venida. El discurso escatológico podría resumirse así: el Señor vendrá al final de los tiempos, pero nadie sabe ni el día ni la hora; por tanto, hay que estar siempre preparados para recibirle. Esta última idea Mateo la desarrolla en tres parábolas: la del mayordomo o criado fiel (24,45-51), la de las diez vírgenes (25,1-13) y la de los talentos (25,14-30).

Nuestra parábola, también llamada de las jóvenes previsoras (sensatas) y las descuidadas (necias), tiene por escenario una fiesta de bodas, símbolo de la felicidad perfecta, de infinita alegría. Su mensaje central es la necesidad de vigilancia para todos. Las cinco jóvenes previsoras demuestran su sensatez porque están preparadas para recibir al esposo cuando llegue, a cualquier hora. Las cinco descuidadas, en cambio, manifiestan su necedad no por el hecho de quedarse dormidas (pues todas se durmieron, lo cual era del todo comprensible), sino por no haberse provisto de aceite para encender las lámparas en caso de necesidad. Y esa fue precisamente la situación, pues el esposo llegó con retraso, inesperadamente, a medianoche.

La parábola está llena de contrastes: la noche y la luz, la vigilia y el sueño, la sabiduría y la necedad, la puerta cerrada y la puerta abierta, con los que Mateo quiere ilustrar la actitud del verdadero discípulo. Ésta consiste en velar, en estar siempre a punto para recibir al Señor, pues puede tardar o anticiparse. Y ese momento será definitivo en nuestra vida: el momento del encuentro con Dios.

Los últimos versículos de la parábola (vv. 10-13) se transforman en una escena de juicio escatológico, tema del que hablaremos el último domingo del año litúrgico: la solemnidad de Jesucristo, rey del universo.

Domingo 33 del Tiempo Ordinario

Primera lectura: Proverbios 31,10-13.19-20.30-31

Trabaja con la destreza de sus manos.

El libro de los Proverbios, el más representativo de los libros sapienciales de la Biblia, puede ser considerado como una antología literaria de la sabiduría de Israel. De hecho, en él se concentra la actividad sapiencial de Israel durante varios siglos (del siglo X hasta el siglo III aC aprox.). Esta obra de sabiduría concluye con un extraño poema (Proverbios 31,10-31), probablemente obra del mismo redactor post-exílico que compuso la introducción del libro, es decir Proverbios 1-9. Se trata de un poema acróstico o alfabético en el que cada versículo empieza con una de las 22 letras del alfabeto hebreo, o sea de la *alef* a la *tau*, con el objetivo de ofrecer una visión completa de la mujer a la que está dedicado. Ella es una mujer fuerte, perfecta, de valor o de talento (en hebreo, *eshet hayil*), encarnada en la figura de una esposa y ama de casa ejemplar.

El poema se compone de tres partes: una introducción (vv. 10-12), donde el autor exalta el valor de la protagonista; el cuerpo central (vv. 13-27), que consiste en una descripción bastante completa, aunque desordenada, de las actividades manuales que realiza, y una conclusión (vv. 28-31), en la que ella es alabada no solamente por el marido y los hijos sino también por el autor que pone de relieve su virtud principal: el temor de Dios.

Proverbios 31,10-31 (el leccionario presenta una versión breve) es el retrato idealizado de una mujer real que representa la figura del sabio de Israel. Sin identificarse con Doña Sabiduría, nuestra protagonista escucha su mensaje y lo pone en práctica.

Segunda lectura: 1 Tesalonicenses 5,1-6

El día del Señor llegará como un ladrón en la noche.

Terminamos la lectura de la primera carta a los Tesalonicenses con un fragmento sobre «el día del Señor» (5,1-6). Si la imagen de la mujer encinta indica la certeza del acontecimiento final, la del ladrón, en cambio, indica que el momento en que tendrá lugar es desconocido e imprevisto. Ambas imágenes justifican, por tanto, la invitación del apóstol a la vigilancia.

La segunda venida del Señor revelará la miseria de los que decían «Paz y seguridad» (v. 3), con falso y obstinado optimismo. Ésos son los hijos

de las tinieblas, los hijos del sueño (v. 4). En ese momento, sin embargo, aparecerán también los hijos de la luz, los hijos del día, es decir, los que como Pablo están despiertos y vigilantes mientras los otros duermen (vv. 5-6). Ésta debe ser la actitud escatológica del cristiano: estar siempre a punto de recibir al Señor.

Evangelio: Mateo 25,14-30

Como has sido fiel en lo poco, pasa al banquete de tu Señor.

El evangelio de hoy, penúltimo domingo del año litúrgico, nos presenta una parábola con la que Mateo concluye su «discurso escatológico» (Mt 24-25). La parábola de los talentos es la tercera de una trilogía de parábolas sobre la segunda venida del Señor: las dos primeras son la del mayordomo o criado fiel (25,45-51) y la de las diez vírgenes (25,1-13). Nuestra parábola es conocida en la redacción lucana como la parábola de las minas o de los administradores (Lc 19,11-27).

Las tres parábolas mateanas coinciden en que la venida del Señor (o del esposo) se retrasa mucho y, sin embargo, su llegada cogerá a muchos por sorpresa. Coinciden también en la actitud fundamental de sus protagonistas: viven expectantes, pues esperan la venida del Señor. Se sienten responsables de estar siempre a punto para recibirle. Ahora bien, la parábola de los talentos añade un dato más a todo lo anterior: la espera, además de ser vigilante, ha de ser productiva.

El relato está organizado en tres momentos: 1) el dueño se ausenta de la casa y encomienda a varios servidores, según sus capacidades, la administración de su inmensa fortuna; 2) durante su prolongada ausencia, unos trabajan afanosamente y duplican la cantidad que les había sido encomendada, mientras otro, sin hacer el más mínimo esfuerzo, se limita a conservarlo tal como lo recibió; 3) a su regreso, el dueño pasa cuentas; recompensa a los administradores que han hecho fructificar los talentos y castiga al perezoso inútil que intenta cubrir su egoísmo con la crítica y el insulto.

La lección de la parábola no deja espacio a la duda. Cristo, después de su resurrección, deja a sus administradores en la tierra para que cada uno haga fructificar los carismas recibidos (los talentos) de la mejor manera posible según las propias capacidades. Los servidores fieles los administran con diligencia, es decir, con amor; no escatiman esfuerzos en su trabajo por Cristo, por la Iglesia, por el mundo. El siervo perezoso, en cambio, es incapaz de esforzarse y sacrificarse por los demás, porque su egoísmo le cierra al amor. El juicio del Señor pondrá en evidencia los valores verdaderos y desechará aquellos inauténticos e inútiles.

Jesucristo, Rey del Universo

Primera lectura: Ezequiel 34,11-12.15-17

A vosotras, ovejas mías, os voy a juzgar.

El segundo ciclo de profecías de Ezequiel (cap. 33–48) se caracteriza por su mensaje de esperanza, una esperanza que florece después de la catástrofe (la caída de Jerusalén). El cap. 34 («Juicio contra los pastores de Israel»), de donde está sacada nuestra lectura, presenta a Dios bajo la imagen clásica del pastor y, por consiguiente, también del rey, ya que en la antigüedad los soberanos eran considerados como pastores de las naciones.

Fijémonos en los verbos que el profeta utiliza para describir la acción del pastor (Dios) en favor de sus ovejas: buscar, seguir el rastro, cuidar, apacentar, hacer sestear, reunir, vendar, curar, guardar. La imagen resultante nos remite al cap. 10 del cuarto evangelio, donde el mismo Jesús se presenta como el buen pastor que ofrece su vida por las ovejas. A diferencia de los pastores humanos, por lo general interesados y egoístas, más dispuestos a defender los propios derechos que los del rebaño, Jesús es el único pastor capaz de ofrecer auténtica salvación a su rebaño, porque conoce personalmente a todas sus ovejas y las ama con auténtica pasión. La frase que el Señor pronuncia en el v. 17 («Y a vosotras, ovejas mías, así dice el Señor: Voy a juzgar entre oveja y oveja, entre carnero y macho cabrío») prepara la escena del rey, pastor y juez de Mt 25,31-46 (el evangelio de hoy).

Segunda lectura: 1 Corintios 15,20-26.28

Devolverá el Reino de Dios Padre para que Dios sea todo en todos.

Todo el cap. 15 de la primera carta a los Corintios está dedicado al misterio de la resurrección individual. En los versículos seleccionados para nuestra lectura (vv. 20-26.28), Pablo la presenta como la última y decisiva victoria de Cristo en la historia de la humanidad.

En el texto se enfrentan, por un lado, la humanidad representada por Adán, raíz de pecado y soledad y, por otro, la humanidad de Cristo, el nuevo Adán, primicia de vida y de gloria para todos aquellos que se adhieren a él formando un solo cuerpo. En la visión del apóstol este enfrentamiento procede según un determinado orden: «cada uno en su puesto» (v. 23). Primero, Cristo; después los cristianos («los que pertenecen a Cristo»); sigue la lucha definitiva contra todo lo que amenaza el esplendor de la creación y del ser humano (principados, poder, fuerza, enemigos, muerte),

y de este modo todo será sometido a Dios y en Dios encontrará su consistencia y valor.

Evangelio: Mateo 25,31-46

Se sentará en el trono de su gloria y separará a unos de otros.

El «discurso escatológico» de Mateo termina con la escena del juicio final, la última enseñanza de Jesús antes de la pasión. Este texto, que ha inspirado numerosas obras de arte como, por ejemplo, el juicio final de Miguel Ángel en la capilla Sixtina o el pórtico de la catedral de Chartres, sintetiza de manera pedagógica la hora de la verdad, el encuentro cara a cara con Dios y el paso a la realidad eterna.

La visión profética del juicio se desarrolla en cuatro momentos:

1. La venida (*parusía*) del juez, que en el texto es llamado «Hijo del hombre». Esta expresión recuerda el cap. 7 del libro de Daniel, donde el autor la atribuye a una figura misteriosa que representa al pueblo de los santos. En nuestro texto, y en el resto del evangelio, dicha expresión se refiere a Jesús, cuya venida es descrita con rasgos que la mentalidad religiosa de Israel reservaba para Dios: es asistido por su ángeles, se sienta en su trono de gloria, y se presenta como Hijo de Dios, a quien llama «mi Padre».

2. Convocación y separación. Utilizando, como en la primera lectura, la imagen pastoral, Mateo nos presenta a Jesucristo en su función de juez, separando a las personas en dos grupos opuestos según su conducta en esta vida. Este juicio, que es al mismo tiempo universal y personal, no tiene lugar al final de un proceso como cabría esperar: aquí solamente se presenta la sentencia, porque el proceso ya ha tenido lugar durante la vida de cada uno.

3. Proclamación y motivo de la sentencia. La imagen pastoral desaparece para facilitar el diálogo directo entre Cristo rey y los seres humanos, entre los cuales se encuentra el grupo de los justos, colocados a su derecha y el grupo de los malditos, a su izquierda. El criterio que determina de esta separación es la actitud de servicio hacia los hermanos y hermanas, concretada en las obras de misericordia: dar de comer a los hambrientos, dar de beber a los sedientos, dar hospedaje a los forasteros, visitar a los enfermos y encarcelados, vestir a los desnudos.

4. El destino eterno. Inspirándose de nuevo en el libro de Daniel (12,2), Mateo concluye esta página con la visión del impresionante doble cortejo que conduce a la vida eterna o al castigo eterno (v. 46). Es la última palabra de la historia.

Todos los Santos

1 de noviembre

Primera lectura: Apocalipsis 7,2-4.9-14

Una muchedumbre inmensa, que nadie podía contar...

La segunda parte del libro del Apocalipsis (cap. 4–22) presenta una lectura teológica de la historia, en la que después de una breve introducción (4,1–5,14), se describen las fuerzas que intervienen en ella (6,1–17,17) y sus respectivas acciones (8,1–11,14). La tremenda lucha que se desencadena entre las fuerzas del bien y del mal (11,15–16,16) tiene un feliz desenlace, pues al final la victoria pertenece a Cristo (16,27–22,5), principio y fin de la historia. Con este libro tan sugestivo y a la vez desconcertante, el autor quiere transmitir un mensaje de esperanza a una comunidad cristiana que vive una situación de crisis de la que no sabe cómo salir. Nos encontramos a finales del siglo primero en tiempos del emperador Domiciano.

Nuestro fragmento, tomado de 6,1–7,17, contempla la historia desde el punto de llegada: la multitud de los salvados, en total 144.000. La cifra, formada por el cuadrado de 12 (número de las tribus de Israel) multiplicado por mil (número de la universalidad), indica la totalidad del pueblo de Dios.

Esta «muchedumbre inmensa» (mártires, santos, fieles del Señor), que ha pasado por el crisol de la gran tribulación («Han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero», v. 14), constituye un pueblo de sacerdotes que participan día y noche sin cesar en la liturgia celestial. Éste es el nuevo pueblo de Dios. Las vestiduras blancas significan su configuración con Cristo muerto y resucitado y las palmas que sujetan en las manos son el símbolo de la victoria (v. 9).

Segunda lectura: 1 Juan 3,1-3

Veremos a Dios tal cual es.

La primera carta de Juan, al igual que la segunda y la tercera, tiene por destinatarios a una o más comunidades (o a algunos miembros de las mismas), en las que se están infiltrando algunas doctrinas heterodoxas que amenazan la fe cristiana.

En nuestro breve fragmento (3,1-3), el autor invita a los cristianos a vivir como hijos de Dios. El amor de Dios es origen y fundamento de la filiación de los creyentes. Sin embargo, los discípulos tendrán la misma suerte del

maestro: «el mundo no nos conoce porque no le conoció a él» (v. 1). La transformación del creyente es un hecho del presente que alcanzará su manifestación plena en la última venida de Cristo (v. 2). Entonces viviremos la comunión de amor con el Padre en modo tal que nos pareceremos a él («seremos semejantes a él») y lo podremos contemplar/ver directamente, sin filtros, pantallas o intermediarios que nos entorpezcan la visión. Esta esperanza es la que mantiene firme al creyente y le anima a alejarse del pecado mediante la purificación de la mente y el corazón (v. 3).

Evangelio: Mateo 5,1-12a

Estad alegres y contentos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo.

Mateo 5,1-12a recoge el célebre texto de las Bienaventuranzas. El leccionario lo propone en la solemnidad de Todos los Santos porque, de hecho, las Bienaventuranzas son la definición más completa y exigente de la santidad. Ahora bien, tengamos en cuenta que el evangelio no nos presenta figuras de santos para que se conviertan en modelos a imitar sino la persona con la cual ellos se han configurado, es decir, Dios. «Aprended de mí, decía Jesús, que soy manso y humilde de corazón» (Mt 11,29). Si hay que imitar a alguien, ese es Jesús, el Hijo de Dios, nuestro único maestro.

Afligidos, sufridos, hambrientos y sedientos de justicia, misericordiosos, puros de corazón, constructores de paz, perseguidos por la justicia e insultados por ella son concreciones de la primera bienaventuranza, que es la bienaventuranza esencial: «Dichosos los pobres en el espíritu porque de ellos es el reino de los cielos» (v. 3). Aquí la pobreza es entendida en sentido bíblico, como una disposición global del ser humano al proyecto de Dios en la humanidad y en la historia, es decir, aquella realidad que Jesús llama «reino de los cielos» y que no todos consiguen entender.

Por todo esto, las bienaventuranzas no son un código de leyes cuya observancia escrupulosa garantiza la salvación al ser humano. Tampoco son una lista de deberes que los cristianos han de cumplir y presentar a Dios de manera exhaustiva, esperando su visto bueno y, si es posible, un premio. Al contrario, las bienaventuranzas no tienen nada que ver con la ley, el deber o la imposición, pues se sitúan en otro orden de cosas. Lo que Jesús propone es una actitud religiosa, una disposición interior, una entrega y generosidad totales, sin condiciones ni reservas, a los valores del evangelio, un crecer cada día en el amor. Éste es el camino que han escogido los santos.

Conmemoración de los Fieles Difuntos

2 de noviembre

Las lecturas de esta día se toman del Leccionario de Difuntos. Aquí ofrecemos una posible selección.

Primera lectura: Isaías 25,6a.7-9

El Señor aniquilará la muerte para siempre.

En la primera parte del libro de Isaías (1–39), conocida como el Primer o Protoisaías y atribuida al Isaías del siglo VIII aC, hay unos capítulos que forman un grupo independiente, al que se suele designar como «el gran apocalipsis de Isaías», aunque en realidad contiene poquísimos elementos del género apocalíptico. Nos referimos a Isaías 24–27, textos claramente postexílicos, obra de un autor desconocido.

Nuestra lectura forma parte del capítulo 25. Después de un cántico de acción de gracias y alabanza a Dios porque ha destruido «la ciudad de los tiranos» (probablemente Babilonia), liberando así a los pobres y desvalidos del yugo extranjero (vv. 1-5), sigue la descripción de un espléndido festín en el monte Sión (vv. 6-9). El Señor, reconocido como rey (cf. 24,23), prepara un gran banquete. Manjares exquisitos y vinos selectos para los invitados venidos de todos los pueblos de la tierra, sin distinciones ni privilegios (cf. 2,2-3). En el banquete se celebra el triunfo definitivo de la vida gracias a la intervención del Dios salvador que ha destruido la muerte (mortaja, sudario, llanto, duelo) y el oprobio de su pueblo. «Todos los pueblos» (universalidad) son invitados a la alianza «en este monte» (centralismo), en especial Israel que conserva un lugar privilegiado porque es «su pueblo», el pueblo del Señor. Así pues, el banquete, signo de comunión e intimidad, se convierte en escenario de liberación.

Segunda lectura: 1 Tesalonicenses 4,13-14.17b-18

Estaremos siempre con el Señor.

Esta carta, probablemente el primer escrito del Nuevo Testamento, se remonta al año 50 dC y fue escrita por Pablo para responder a algunos problemas surgidos en la comunidad de Tesalónica, entre los que destacan aquellos de carácter escatológico, o sea, los relativos a los acontecimientos finales de la historia humana: la parusía, el día del Señor, el juicio, el encuentro de los fieles con Cristo, la resurrección de los muertos.

Nuestro fragmento está tomado de 4,13-18 sobre la suerte de los difuntos. Siguiendo el ejemplo de Jesús (cf. Mt 9,24; Jn 11,11), Pablo se refiere

a los difuntos como «los durmientes», «los que duermen», subrayando así el significado cristiano de la muerte. La muerte no es el final del camino sino un largo sueño del que, pronto o tarde, se despierta. Por eso, ante la muerte los cristianos no deberían afligirse como los paganos que no creen en la resurrección ni en la vida futura (v. 13). El razonamiento del apóstol se funda en la muerte y resurrección de Cristo, misterio que marca el destino de todos los creyentes. La resurrección de Jesús y de los fieles culmina con la acción salvífica del Padre que llevará consigo a los que han muerto unidos a Jesús (v. 14).

Consciente de que se trata de un misterio insondable, Pablo intenta explicarlo lo mejor que puede y sabe por medio de imágenes de tono apocalíptico (vv. 15-17a omitidos por el leccionario). Ahora bien, la afirmación clave de todo el pasaje se encuentra en el v. 17b: «y así estaremos siempre con el Señor». Con estas palabras, el apóstol ha querido «consolar» a los Tesalonicenses que vivían nerviosos y angustiados por estas cuestiones.

Evangelio: Juan 11,17-27

Yo soy la resurrección y la vida.

Entre los milagros («signos» en el cuarto evangelio) realizados por Jesús, la resurrección de Lázaro encabeza la lista (11,1-44), no solo porque es el más extenso sino también, y sobre todo, porque es símbolo de la resurrección de Jesús. Su estructura es diáfana: una introducción histórica y una declaración clarificadora de Jesús (vv. 1-5); el diálogo de Jesús con los discípulos (vv. 6-16); el diálogo entre Jesús y Marta (vv. 17-27); el encuentro con María (vv. 28-32); la ida al sepulcro y la apertura de la tumba (vv. 33-41a); la resurrección de Lázaro (vv. 41b-44).

Nuestra página evangélica se concentra en los vv. 17-27 que constituyen el centro teológico de la narración. Después de una breve introducción con indicaciones de tiempo, espacio y personajes, el narrador nos cuenta el encuentro y el diálogo entre Marta y Jesús (vv. 17-20).

La confesión de Marta procede gradualmente: en un primer momento, demuestra su confianza en el poder taumatúrgico del Maestro (v. 21) y en el poder de su intercesión ante el Padre (v. 22); luego, sin entender el significado de las palabras de Jesús, las relaciona con su convicción religiosa de una resurrección de los muertos en el último día (v. 24), lo que provoca la auto-revelación de Jesús: «Yo soy la resurrección y la vida...» (vv. 25-26); y al final, Marta reconoce su divinidad con una solemne profesión de fe: «Sí, Señor, yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios que tenía que venir a este mundo» (v. 27). La tradición joánica ha condensado en esta fórmula, en boca de una mujer (cf. la confesión de Pedro en Jn 6,68-69; Mt 16,16), una serie de títulos que expresan la fe cristológica de la comunidad.

La fe se ha despertado en el diálogo y confirmado en el signo. Marta ha creído antes del milagro.